Lo que no se nombra no existe. En casi más de diez años trabajando en la sociedad civil y dedicándome a la defensa de derechos humanos, los últimos cinco años han sido una verdadera pesadilla.

Lo que no se nombra no existe. En estos últimos cinco años, he podido pasar de ser voluntarie en la defensa de los derechos digitales a tener posibilidades de desarrollo profesional trabajando para distintas organizaciones, colectivas y fundaciones de México, América Latina y el mundo.

Lo que no se nombra no existe. De 2020 a 2023 he vivido en carne propia las consecuencias de la falta de mecanismos de escrutinio para el poder que se ejerce al interior de la sociedad civil. He sido difamade, acosade, hostigade y continuamente violentade por personas que lucran con acompañar a víctimas de violencia de género en línea mientras -al interior del "tercer sector"- ejercen, solapan y perpetúan las violencias que usan de pretexto para obtener recursos, puestos de trabajo y reconocimiento.

Mi nombre es Alex Argüelles, soy tecnólogue no binarie mexicane. Desde 2020 comencé a ser públicamente disidente de género, a partir de 2022 enuncio mi identidad de género como persona no binarie en cada espacio que puedo como una acción política para confrontar la violencia cis-sexista y transfóbica que vivimos las personas trans que somos constantemente discriminades, perseguides, castigades y hasta asesinades por atrevernos a ser nosotres y no ceder ante la violencia que nos ha orillado a los márgenes, la violencia que precariza, la violencia que día a día nos demuestra que a pesar de los discursos de inclusión y solidaridad los movimientos que buscan criminalizarnos y poner en riesgo nuestrans vidas son cada vez más poderosos incluso al interior de los entornos que dicen defender derechos de todas las personas.

Muchos años he acompañado a personas que han sobrevivido a la violencia que es ejercida a través de las tecnologías: violencia de género, violencia sociopolítica y hasta violencia por parte del Estado. A pesar de mi trayectoria nunca he ocupado un cargo por el cual tenga personas bajo mi poder y siempre he trabajado por nombrar las dinámicas y abusos de poder en los espacios donde he participado, tanto institucionales como colectivos/de base, en la sociedad civil.

La violencia institucional y el acoso por parte de otres integrantes de la sociedad civil que he vivido en los últimos años tienen su origen en una denuncia que levante -por coerción- a través del mecanismo de atención a violencia de género en la organización chilena Derechos Digitales en 2020, tras haber sido presionade por la persona que en aquel entonces fungía como directora de la organización y mi jefe directo para iniciar un proceso contra otro empleado de la organización. A pesar de que mi intención era tener un espacio de confrontación interno para que mi agresor reconociera el daño, convocando al equipo de la organización a través de una carta

que no pretendía hacer pública, me condicionaron a atravesar ese proceso de "denuncia" para poder compartir la carta de cualquier forma no me autorizaron compartir. Ese proceso profundamente revictimizante no solamente no sirvió para atender ni reparar lo que se me obligó a denunciar, sino que agravó el conflicto y escaló las violencias al grado de que tanto el denunciado como yo fuimos expuestes en múltiples ocasiones dentro de un proceso irresponsable en el que la en aquel entonces directora contactó a personas y organizaciones que habían mostrado apoyo público hacia mí, con la única finalidad de proteger la "reputación" de la organización a costa incluso de datos personales (tanto míos como de mi agresor) y detalles sumamente sensibles sobre la violencia que había enfrentado.

El nombre/la marca de esa organización fueron más importantes que el bienestar de quienes trabajábamos en ella y esto quedó demostrado no solo en cómo terminé renunciando a ese espacio sino también en una serie de violencias posteriores que fueron ejercidas hacia otras personas que ahí colaboraron y sobre las cuales no me corresponde hablar a pesar de que son de conocimiento público de quienes son/fuimos cercanes a quienes las enfrentaron. A la fecha, a pesar de haber contactado al directorio de la organización y al consejo directivo a un año de los hechos exigiendo reparación por las violencias que ejerció Derechos Digitales en mi contra, no ha habido reconocimiento ni reparación de esto por parte de la organización ni su actual directiva (quienes también están enterades de esto y a quienes también busqué al año de lo ocurrido).

La influencia de esta organización ha permeado en otros espacios que si bien son menos institucionales se han construido a partir de la relación entre diversas organizaciones latinoamericanas. Tal es el caso de la colectiva Ciberseguras, donde colaboré de 2019 a 2022. Esta colectiva -hasta el día en que me retiré de ella- se nutrió de la colaboración entre integrantes de Derechos Digitales, SocialTIC, Luchadoras, APC, WITNESS, Acoso.Online, ONG Amaranta, La Chinampa, Digital Defenders Partnership, donestech, Técnicas Rudas, The Engine Room, Fondo de Acción Urgente e incluso el NUMUN Fund. Hasta el día en que me retiré, a pesar de que mi trabajo estaba ubicado principalmente en México, había más de diez integrantes en la organización que -nuevamente, hasta el día en que me retiré- se identificaban todas como mujeres cisgénero.

Cuando inició el proceso de denuncia en Derechos Digitales, Ciberseguras se convirtió en mi ancla de apoyo al interior de la sociedad civil y "los derechos digitales". En 2020 tuve una crisis de salud mental grave a raíz de todo esto y algunas de las personas de Ciberseguras también se convirtieron en una red de apoyo para mí. Las consideraba, más que mis colegas, mis amigas y compartí con ellas una vulnerabilidad que más adelante fue usada en mi contra por personas incluso fuera de esa red que al ser parte de Ciberseguras habían tenido acceso a información sobre el proceso que atravesé y que a pesar de lucrar con dar "acompañamiento a víctimas de violencia de género" en agosto de 2022 me

reclamaron por haberme escuchado y haberse enterado del proceso que había enfrentado… A pesar de que ninguna de las reclamantes fueron parte de la red de apoyo que genuinamente me sostuvo.

Lo que cambió de 2020 a 2022 fue lo visible que comencé a hacer mi identidad de género no binarie. Lo que cambió de 2020 a 2022 es que me volví más consciente, crítique e intolerante de la transfobia internalizada en los espacios y movimientos feministas en los que participaba. Lo que cambió de 2020 a 2022 fue que aprendí a poner límites a las violencias que varias feministas cisgénero habían internalizado en sus prácticas a pesar de lo incongruente que esto era con los principios y discursos con los que lucraban al exterior de nuestros espacios de colaboración.

En agosto de 2022, en el marco del encuentro TransHackFeminista en Calafou (Barcelona), fui invitade a ser parte del grupo de respuesta rápida para atender las violencias que pudieran ocurrir en el encuentro. Al llegar a Calafou me reuní con otras personas que habían elegido ser voluntarias para conformar este grupo y al concluir que no existían condiciones para responder a las violencias por la falta de claridad en el liderazgo del encuentro decidimos renombrar este grupo a grupo de “concientización” para intervenir en conflictos donde las personas -por ignorancia, falta de experiencia o genuino error- hayan incurrido en actitudes que comprometieran el bienestar de otres. Nuestro lema era: “está bien romper el espacio”, con la intención de invitar a otres asistentes a acercarse a recibir apoyo si lo necesitaban, haciendo hincapié en que para nosotres lo importante era el bienestar y no así el castigo o las dinámicas de victimización/revictimización que pudieran darse por, nuevamente, la falta de condiciones y claridad sobre cómo actuar en caso de que se incumpliera el código de conducta del THF.

En este espacio, donde por primera vez conocí a otras integrantes de Ciberseguras “en físico” y me reencontré con otras con quienes había colaborado en Chile y en México, fui malgenerizade. Esta malgenerización por parte de dos integrantes de Ciberseguras (quienes también colaboran con Acoso.Online, DDP y otras iniciativas “feministas” de la región) la estuve soportando por meses anteriores al encuentro, pidiendo en varias ocasiones tanto a ellas directamente como a otras integrantes de la colectiva -que por los canales y espacios de comunicación compartidos fueron testigos pasivos de estas situaciones- que intervinieran en evitar que sus compañeras continuaran con esa falta de reconocimiento a mi identidad. No eran errores únicos, eran actitudes reiteradas: en mensajes de los distintos grupos en los que gestionábamos el trabajo de la colectiva, en videollamadas y ahora -en el THF- en vivo. Ante esto, pedí abrir un espacio de diálogo con quienes me malgenerizaban y el resto de las integrantes de Ciberseguras presentes con la esperanza de que de una vez por todas lograran entender que lo que estaban haciendo era grave, lo que estaban haciendo -como toda malgenerización, que niega la identidad y menoscaba la dignidad- es transfobia.

El espacio terminó siendo igual de revictimizante y violento que el proceso de denuncia que se me obligó sobrellevar en Derechos Digitales. No solamente no fui escuchade, sino que todas las integrantes de Ciberseguras presentes me exigieron “buena fe” hacia mis agresoras. Incluso cuando una de ellas llegó a gritarme y acercarse a mí de una forma sumamente violenta diciendo que estaba harta de mí y amenazándome físicamente. A pesar de haberles pedido en varias ocasiones que controlaran a su compañera y haberme quedado callade durante todo el tiempo que estas feministas “expertas en violencia de género” justificaban la transfobia y me reclamaban por la incomodidad que les generó haberse enterado de los abusos de poder y la violencia institucional de Derechos Digitales, no hubo intención de escucharme, atender ni reparar los impactos de la malgenerización ni mucho menos reconocer que a pesar de que habían aplicado para obtener recursos del Fondo NUMUN falsamente diciendo que acompañaban a gente trans, claramente no tenían la sensibilidad, la congruencia ni la disposición para genuinamente apoyar a quienes enfrentamos la transfobia que existe al interior de los feminismos.

Después de este evento, decidí retirarme del THF, dando aviso a las organizadoras y redactando una carta que explicaba por qué me retiraba del espacio. En esa carta también hacía eco de un correo que se nombró en una de las asambleas matutinas el día anterior a mi partida, en el que alguien que había sido parte tanto de Calafou como del THF denunciaba la violencia hacia personas queer y latinoamericanas que era también parte de la historia de ese espacio... Historia que al no ser reconocida ni nombrada por quienes habían organizado esta edición, también era desconocida para muches de quienes asistimos a él por primera vez. Para mí la historia “oculta” de violencia en el espacio aunada al conocimiento de la falta de mecanismos para atender la transfobia que estaba enfrentando y las condiciones de higiene/cuidado deplorables en que se encontraba el espacio (en pleno auge de la viruela del mono), me hicieron tener que huir de ahí para salvaguardar mi salud mental e integridad física.

A pesar de haber hablado con una de las organizadoras del espacio (co-fundadora de Técnicas Rudas e integrante de DDP) sobre mi partida y los motivos por los que me iba, informarle de la carta que había escrito y pedirle que la compartiera a fin de dar una explicación a todes les asistentes sobre mi ausencia, mi carta fue censurada. Otras integrantes del grupo de concientización pidieron que se compartiera, sin éxito. Nadie de la organización del THF ni de Ciberseguras se acercó a mí para preguntarme cómo estaba y tuve que pedir apoyo a mi pareja (en México) para **huir** de Calafou. Gracias a la generosidad de alguien más del grupo de concientización y el dinero que había juntado de la venta de unos libros en el THF pude pagarme un tren que me llevara a la ciudad de donde saldría mi vuelo de regreso a México días después. Ese tiempo estuve encerrade en un hotel, sin poder comer ni dormir (porque no tenía hambre, pero también porque tampoco tenía dinero), intentando forzarme a salir un poco cada día para aliviar la ansiedad y evitar una nueva crisis de salud mental grave como la que atravesé en 2020. La

combinación de soledad, culpa/dolor e incertidumbre, que en ese momento ya de por sí me parecían insostenibles, no fueron ni una fracción de los impactos que tuvo la violencia a la que estas feministas -y quienes se han aliado con ellas, a sabiendas de o deliberadamente ignorando esta historia- me han sometido desde agosto de 2022 a la fecha.

En agosto de 2022 mi fellowship con la Fundación Mozilla llegaba a su fin y con ella el ingreso que me había brindado estabilidad económica desde mi salida de Derechos Digitales. Aunque había comenzado a buscar empleo desde marzo de ese año, no había tenido éxito y me generaba mucha ansiedad el hecho de que en septiembre llegaría mi último pago. Meses antes del THF había tenido problemas de salud por mis riñones, lo cual me llevó a incurrir en varios gastos médicos por los que tenía una deuda bancaria intimidante que mi último pago (que por alguna extraña razón era la mitad de lo que Mozilla pagaba mensualmente en otros programas a sus fellows, a pesar de ser el primer programa de dos años y estar enfocado a tecnólogues del "Sur global") como fellow claramente no iba a resolver. En agosto de 2022, al volver a México, tuve que solicitar apoyo para evitar que mi salud mental continuara deteriorándose porque a pesar de que el THF ya había acabado en la lista de correo del evento se había comenzado a construir una campaña terrible de persecución y desprestigio hacia mí. Varias veces pedí que pararan, varias veces rogué que dejaran de atacarme y así también decidí abandonar diferentes espacios donde sabía que podía seguir coincidiendo con mis agresoras y quienes abiertamente habían demostrado apoyo hacia ellas a pesar de conocer "las dos partes de la historia". En ese momento escribí una carta sobre mi salida de Ciberseguras que compartí con distintas feministas latinoamericanas con quienes tanto mis agresoras como yo coincidíamos en espacios de colaboración. Hubo personas que a pesar de recibirla jamás me respondieron, hubo otras más que fingieron estar preocupadas y al cabo de meses continuaron colaborando con mis agresoras como si nada hubiera pasado. Como si la transfobia que ejercieron no fuera suficiente para marcar un límite, como si reconocer que sus aliadas habían violentado a una persona trans con quien colaboraban fuera "cancelación".

En septiembre de 2022 me quedé sin trabajo y para entonces las violencias parecían estar disminuyendo. No sé si pensaron que me quedaría callade para siempre, pero honestamente yo pensaba seguir adelante sin prestarles atención. Ingenuamente creí que "mi venganza" sería que todas esas personas quedaran en el olvido, al menos para mí. Genuinamente quería seguir con mi vida, enfocarme en comun.al y sacar adelante distintos proyectos que quería desarrollar desde ahí conjugando mi pasión por aplicar el enfoque sensible al trauma y los principios de la justicia transformativa para entender, atender y prevenir los impactos psicosociales que tiene defender derechos humanos en contextos como el mío. Mientras tanto, seguí aplicando a distintos empleos y me dediqué el resto del año a recuperar mi salud mental, buscar colaboraciones (para pagar la renta, la terapia, los medicamentos y la deuda), seguir estudiando y -por más crudo que suene-

intentando que el desasosiego no le ganara a mis ganas de seguir con vida, que la culpa (nutrida por las voces de quienes me dijeron lo “pesado” que había sido para ellas lidiar con mi vulnerabilidad) no le ganara a la alegría de despertar cada día con mi familia (mi pareja, las gatis) y la ilusión de habitar el futuro al que a lo largo de mi vida las violencias que he enfrentado/sobrevivido me habían condicionado a renunciar. Aún no entiendo cómo sobreviví de septiembre a diciembre de 2022, pero lo hice. No quedarme inerte ante la transfobia que avanza sin ser confrontada en mi país fue parte de lo que me mantuvo alerta y cercane a otres con quienes sobreviví estos meses.

En septiembre de 2022, en México, un canal de televisión del gobierno dio espacio a integrantes de la Alianza LGB en un programa para difundir mensajes transfóbicos en la televisión pública. Ese mismo canal (Capital 21) meses antes había agredido a una activista integrante de Afrontera Cimarrona con quien he compartido trabajo e historias de transición. Ese mes, desde comun.al junto a una ilustradora y artista drag a quien admiro profundamente, lanzamos la campaña #OjoConLosMedios para denunciar la propagación de los discursos de odio hacia personas trans disfrazados de “libertad de expresión” en México. En el marco de esa campaña organizamos conversatorios con activistas, periodistas, escritoræs, trabajadoræs sexuales, personas con discapacidad e integrantes de la comunidad LGBTIQ+ local a la par de la convocatoria para enviar cartas a la defensora de audiencias asignada a Capital 21 para exigir un alto al programa El Aquelarre, así como reconocimiento del daño, reparación y no repetición por parte de Capital 21.

A pesar de los esfuerzos en conjunto con otras organizaciones LGBTIQ+ del país, la protesta en las puertas del canal y las campañas para denunciar esto, la influencia del Presidente del Sistema Público de Radiodifusión del Estado Mexicano, la entonces Jefa de Gobierno de la Ciudad de México y la abrumadora ola de simpatizantes de los movimientos que han promovido la transfobia al interior de espacios de poder en la academia, el gobierno y la cultura del país permitieron que esto pasara al olvido sin reconocimiento, sin reparación y sin consecuencias para quienes han tenido el poder de permitir la promoción de la transfobia desde el gobierno. Esto dejó algo claro: en México la transfobia está prosperando y la revelación de la ahora ex-jefa de gobierno como candidata presidencial solamente confirma que ni en el partido de “izquierda” existe oposición a esta fuerza política que incluso ella misma continúa nutriendo aliándose (en público, incluso) con feministas transexcluyentes y mujeres cis que simpatizan con los movimientos anti-trans… Muchas de ellas con quienes también colaboran feministas cercanamente vinculadas a las colectivas y organizaciones que son más visibles por denunciar las violencias de género en línea, luchar “contra el borrado de las mujeres” y criminalizar el trabajo sexual en distintas partes del país.

Entre octubre y noviembre de 2022, junto con tres personas que habíamos estado observando la consolidación de los movimientos anti-trans en México comenzamos

a escribir el informe “Polarización y transfobia” que publicamos en marzo de 2023 como un esfuerzo para sostener la memoria de cómo estos movimientos se han ido infiltrando en las esferas políticas del país y como un recordatorio de los orígenes de lo que hoy en día se muestra como una parte esencial de todas las agendas políticas que bajo el disfraz de atender la violencia de género, esconden propuestas legislativas profundamente discriminatorias, estigmatizantes y abiertamente deshumanizantes para las personas trans que habitamos este país. El proceso de publicación de este informe me hizo reflexionar mucho sobre cómo la precarización de las iniciativas feministas para atender la violencia de género ha sido instrumental para la construcción de distintas dinámicas de poder y competencia que no solamente han menoscabado los principios del movimiento y su diversidad, sino que también han corroído la congruencia entre las feministas que constituyen esos movimientos y son condicionadas por las lógicas impuestas por financistas, organizaciones, agendas políticas y el mismo gobierno para ganar reconocimiento y recursos que les permitan hacer sostenible el trabajo que hacen… Esto sigue sin justificar la crueldad con la que han albergado apatía ante la transfobia.

En diciembre de 2022 recibí la esperanzadora noticia de que había quedado seleccionade para ocupar el cargo de Coordinadore de Seguridad Holística en la Línea de Ayuda en Seguridad Digital de Access Now. En enero de 2022 asumí el cargo y en febrero de 2022, tras presentarme en distintas listas de correo de algunas comunidades donde tendría presencia con este cargo se presentaron una serie de denuncias “anónimas” respaldadas por una organización internacional que opera a través de alianzas con personas que se hacen llamar defensoras digitales. Aunque las denuncias eran anónimas todas hacían referencia a lo ocurrido en el marco del THF, así que a pesar de seguir sin conocer los nombres de las personas involucradas tengo una idea bastante clara de quienes han estado detrás de este acoso institucional. Coincidentemente, al acercarme a una compañera y (ella sí) amiga que también es parte de Access Now, supe que había sido contactada por mi agresora principal en Ciberseguras quien le pedía que hiciera lo posible por evitar que me contrataran en Access Now. Esta misma persona (que además de colaborar en Ciberseguras, trabajó en Derechos Digitales -siendo la primera persona en respaldar a quien denuncié en esa organización, colabora en Acoso.Online, con Digital Defenders Partnership y otros espacios “feministas”, ciberfeministas, hackfeministas o -como me gusta llamarles- charlatanistas) se ha dedicado a hacer una campaña de difamación en mi contra, enfocada a desprestigiarme y menoscabar cualquier tipo de apoyo que pueda recibir. Muy al estilo DARVO (negar el ataque, revertir los roles de víctima y victimarie), se ha encargado de victimizarse aprovechándose de que todos estos meses estuve “bajo investigación” por el proceso de denuncia en mi contra que 5 personas presentaron anónimamente a Access Now a través de una otra reconocida (y poderosa) organización internacional.

Al día de hoy y a pesar de que el proceso de investigación por parte de Access Now concluyó y las únicas evidencias encontradas en la investigación (que tomó de febrero a junio de este año) respaldan que mis acciones fueron de defensa ante la transfobia y no una “campaña de agresión hacia feministas”, la organización a través de la cual mis agresoras me denunciaron no se ha acercado a mí para verificar la validez de sus denuncias, comprobar las acusaciones de sus colaboradoras ni mucho menos para reconocer y reparar el daño que provocó la violencia institucional que eligieron ejercer hacia mí estos meses. Lo que no se nombra no existe, lo que no se reconoce no se repara, lo que no se repara no se transforma, lo que no se transforma se perpetúa. Yo sigo siendo activamente excluide de espacios seguros para mis agresoras al mismo tiempo que he abandonado espacios por la transfobia que ahí se ejerce sin consecuencias. Las personas como yo, que somos victimizades y nos atrevemos a alzar la voz, nos enfrentamos a que nuestras denuncias sean desestimadas y a recibir castigos sociales (difamación, exclusión, hasta apropiación de nuestro trabajo), mientras que quienes nos agreden reciben apoyo como si confrontarles con las consecuencias de sus acciones fuera en sí mismo una agresión.

En estos meses me he acercado a distintas personas y organizaciones para compartirles cómo he enfrentado todo esto. No fue hasta julio de este año que pude comenzar a hablar más abiertamente de todo este proceso de acoso institucional, haciéndolo aún de forma muy limitada y acercándome directamente a ciertas personas para compartirles información sobre esta situación, sin pedir que “castigaran” o “cancelaran” a mis agresoras y sus aliadas, simplemente con la intención de informarles que estaban colaborando o compartiendo espacios con personas que a pesar de no nombrarse abiertamente como transfóbicas o trans-excluyentes, ejercen violencias transfóbicas, reproducen sesgos cis-sexistas y activamente han buscado excluirme -una persona trans no binarie- de espacios de desarrollo profesional y apoyo comunitario, afectando no solamente mi carrera y mi trabajo actual, sino también mi estabilidad física, mental y económica. No soy una “buena víctima”, claro que he tenido momentos donde la rabia me ha cegado y la frustración de todo esto me ha abrumado. He cometido errores y no he sabido pedir ayuda sin miedo a que por alzar la voz todas estas violencias aquí narradas se recrudezcan.

Escribo y comparto esto sabiendo que asumo el riesgo de que todo esto desate una nueva ola de violencias, pero también reconociendo que mi silencio ha sido instrumental para que quienes han elegido aliarse con mis agresoras por manipulación, presión social, apatía o mezquindad continúen alimentando la campaña de desprestigio y exclusión que en distintas ocasiones ha puesto en peligro mi vida. Escribo y comparto esto porque no quiero que en el momento en el que ya no pueda sostener las consecuencias de estas violencias que mis agresoras siguen ejerciendo, se compartan mensajes vacíos e hipócritas de cariño, admiración

y solidaridad hacia alguien a quien eligieron darle la espalda por lo “incómodo” y “costoso” que era poner límites a la transfobia. No quiero que, el día que los impactos y las consecuencias de estas violencias se vuelvan insostenibles, las feministas cis que actúan como si nada con personas que saben que mehan violentado se jacten de apreciarme y haber trabajado conmigo cuando eligieron disfrazar de “anti-punitivismo” o “estar en contra de la cancelación” el preferir mantener sus alianzas cis-sexistas a poner límites a la transfobia que nos excluye y marchita.

Yo sé que enterarse de los conflictos duele, incomoda y muchas veces genera una enorme disonancia porque nos expone a otras “caras” de personas con quienes posiblemente en algún momento hemos tenido experiencias enternecedoras e importantes. Sin embargo, es justo en esa “aversión al conflicto” que las consecuencias del daño se agravan y un problema que tuvo un origen muy específico termina creciendo y tergiversándose al grado de ya no tener sentido para quienes -como espectadoræs- podrían tener algún tipo de injerencia en intervenir para atender, reparar y evitar que se repitan situaciones así. Yo no soy una persona con poder en este entorno. Aunque llevo más de diez años trabajando en estos temas, no dirijo ni ocupo un cargo que me otorgue algún tipo de poder que justifique la manera tan cruel y desproporcionada con la que me han tratado, peor que la amenaza que de hecho sí representan todas las personas con poder que de manera irresponsable han elegido propagar las campañas de desprestigio, exclusión y castigo social que exitosamente mis agresoras han puesto en marcha desde que decidí renunciar a sus espacios por la transfobia rampante que hay en ellos. Y sí, transfobia que persiste a pesar de los esfuerzos que han hecho por instrumentalizar la participación de personas trans e iniciativas LGBTIQ+ en sus espacios.

A mí no se me olvida cómo hay gente que desde “la memoria selectiva” simplemente dejó de hablarme, a mí no se me olvida el rencor que siento cada vez que me entero de cómo mi agresora principal dice que éramos “amigAs” y que me tuvo mucho cariño, a mí no se me olvida la hipocresía de quienes a sabiendas de todo lo que he compartido aquí no solamente solapan a mis agresoras, sino que también terminaron asegurando puestos en Derechos Digitales como asesoras del Fondo de Respuesta Rápida o incluso integrándose a los equipos de diferentes entidades que otorgan recursos a la sociedad civil a los cuales no solamente se me ha negado el acceso sino que se me ha acusado públicamente de tener “estrategias contra activistas feministas” por señalar el cis-sexismo y su prevalencia incuestionada entre feministas que en México lucran con brindar acompañamiento a víctimas de violencia de género en línea, por personas que incluso dirigen esas iniciativas (como Luchadoras, Cultivando Género, Editatona y el capítulo mexicano de Creative Commons)… Aunque muchas de estas iniciativas han estado por años enfocadas únicamente en mujeres cis, como ahora “ya está de moda” darnos dos gramos de atención a las personas trans, pues también dicen que nos dan

acompañamiento, sin advertir que este “apoyo” no aplica si tu agresora es compañera de estas “cis-feministas”.

En agosto de 2023, tras varios meses literalmente luchando conmigo misme por forzarme a ello, terminé renunciando a una colaboración con una “colectiva feminista” que era parte de Ciberseguras cuando aún colaboraba ahí. La colaboración con esta otra colectiva era en torno a una grupa de redacción para construir un documento actualizado sobre las implicaciones de la violencia de género en línea y cómo estaba siendo reconocida desde el ámbito legal en México. Yo no soy abogade, pero -como ya he dicho varias veces en este texto- tengo muchos años de trabajo sobre el tema acompañando a las personas que enfrentan estas violencias y denunciando también la falta de acceso a la justicia a pesar de cómo se ha anunciado su reconocimiento en nuestro país. Es un tema del que puedo hablar por horas y del que he escrito bastante, sin embargo no pude seguir con la colaboración porque varias de las personas que conforman ese proyecto han solapado a/colaboran con mis agresoras o incluso colaboran con las organizaciones que han sido instrumentales para la violencia que he (sobre)vivido estos meses. Yo no tengo poder en este entorno, pero tengo años de trabajo, dignidad y memoria. Yo no puedo pretender que “nada ha pasado” y colaborar con las mismas personas que solapan la transfobia de sus amigas, colaboran con personas cis-sexistas e incluso continúan en alianza con espacios abiertamente transfóbicos por su tergiversada noción de “sororidad” entre mujeres cis y la ridícula idea de que las consecuencias de la violencia (hacia quienes la ejercen) son “puntivismo”.

Mi nombre es Alex Argüelles, soy tecnólogue no binarie mexicane y no voy a permitir que mis acosadoras y sus aliadas sigan disfrutando la comodidad de mi silencio, la fantasía de que no defenderé mi dignidad como he defendido y acompañado a quienes me han permitido luchar a su lado estos años (entre ellas, quienes hoy me atacan). Mi silencio y mi renuncia a los espacios en los que estas personas permanecieron, no me protegió. Solapar el cis-sexismo tampoco protegerá a las “feministas” a quienes la avanzada antiderechos aún no las tiene en el mismo lugar que a nosotrans. Yo no tengo interés en perseguir, “cancelar”, mucho menos “castigar” a quienes me han acosado todo este tiempo; sin embargo, esto no se opone a que quiera que se sepan las consecuencias que esto ha tenido en mí y seguramente ha tenido/tendrá en otres que por falta de reconocimiento de esto estén expuestes a las violencias que he recibido por parte de estas personas o sus aliadas. Yo no tengo interés en pelearme por las migajas de representación y recursos por las que mis agresoras y sus aliadas se protegen mutuamente, a mí me importa transformar las dinámicas de poder que nos mantienen en estos sistemas de abuso y opresión. No se puede transformar lo que no se reconoce, no se puede reparar lo que no se atiende, no puede atenderse lo que no se nombra, no se puede nombrar lo que no existe y hoy, con esto que les comparto, nombro la violencia que he vivido con la esperanza de que al nombrarla exista la posibilidad de reconocerla

para evitar que otres tengan que sobrevivir a la crueldad y la violencia con las que me han (mal)tratado.

Nunca más gozarán la comodidad de nuestro silencio. Los derechos de las personas trans son derechos humanos y alguien que se llame “defensora” o “activista” y se dedique activamente a menoscabar el bienestar de algune de nosotres (a pesar de que tenga amistades, colaboraciones o alianzas con otras personas trans) es alguien que usando la incongruencia de estandarte contribuye a ensanchar las grietas a través de las cuales los movimientos antiderechos se aprovechan de la marginación que vivimos las personas trans (mujeres, hombres y no binaries) para violentarnos, pero cuando ya no quedemos personas trans “sin vergüenza y sin miedo” para seguir luchando por nuestra dignidad serán estas personas las que tendrán que asumir, finalmente, las consecuencias de las violencias que -con su indiferencia, su pasividad, su apatía, su crueldad, su incongruencia y su “comodidad”- harán que los derechos ganados a partir de las luchas feministas (de las que las personas trans **SIEMPRE** hemos sido parte) sean puestos en riesgo y con ellos los derechos que tanto tiempo hemos luchado por defender. Para muestra: ¿cómo va el tema de la Ley Ingrid y la criminalización de la difusión de cualquier información sobre carpetas de investigación? ¿Ya se les olvidaron los mecanismos de censura y persecución a quienes ejercen trabajo sexual que habilita la “Ley Olimpia”? ¿Cuántas feministas han escuchado denunciar que la “Ley Olimpia” no es una ley -son una serie de reformas- ni funciona igual en los diferentes estados del país? ¿Cuántas feministas contribuyen a la desinformación para disfrutar cinco minutos de fama por su “heroísmo”?

Habemos personas que trabajamos con la esperanza de que nuestros trabajos no existieran, hay otras personas cuyo trabajo depende de que existan víctimas para lucrar con el “apoyo” que les dan. Elijan con quienes construyen alianzas, sean cauteloses con quienes se dedican más a construyen narrativas de heroísmo que hacer el trabajo que presumen, no necesitan/necesitamos que “nos salven” necesitamos aprender juntes a enfrentar los conflictos y confrontar las dinámicas de poder que sostienen la violencia: también la que ejercen feministas cis y quienes abusan del poder al interior de la sociedad civil.

Sí, como diría la más mezquina de mis agresoras, es “mucho texto”. Pero si no les alcanza la empatía para leer estas palabras, ¿les alcanzará para encarar la complejidad de los retos que enfrentamos? La ternura, la generosidad y la congruencia son acciones de corresponsabilidad que cuestan trabajo (y a veces también duelen o incomoda, como duele e incomoda crecer o reconocer cuando nos hemos equivocado y nos toca reparar).

El performance de “bondad” no basta para hacerse cargo de transformar, el performance de “víctima” no sirve para hacerse cargo de lo que toca derribar, el performance de “heroísmo” no sirve para reconocer el poder que cada une tenemos

para confrontar a quienes abusan de la jerarquía que ocupan (y el poder que conlleva) sin importar el ámbito en el que lo hagan.

Yo (al menos ahora) elijo vivir y hacer del mundo un lugar menos inhóspito para otres que como yo hemos sido tratades con crueldad sin tregua. Cuando ya no lo logre, por favor, no dejen que mis acosadoras ni sus aliadas hablen por mí. Recuérdenles que su crueldad y su indiferencia me arrancaron la esperanza de habitar el futuro que crecí creyendo que no tendría. No suelten a mi familia, no abandonen a quienes me permitieron sobrevivir con su generosidad ni a quienes aún tengan esperanza para seguir luchando por una vida más digna.

No sean indiferentes, aprendamos juntes también a reconocer, asumir, reparar, transformar y evitar que otres vivan estas violencias en los espacios donde supuestamente nos encontramos para resistir.

Gracias a quienes hayan leído hasta acá.